

DIOS CREADOR

CAPÍTULO III.

LA EXPERIENCIA DE LA CERCANÍA DEL DIOS TRASCENDENTE



Plan de formación para los Catequistas

Diócesis de Getafe (Diciembre 2009)

Año 1 / vol. 3

CAPÍTULO III.

LA EXPERIENCIA DE LA CERCANÍA DEL DIOS TRASCENDENTE

1. INTRODUCCIÓN:

CERTEZA COMÚN DE LA HUMANIDAD Y EXPERIENCIA
PARTICULAR EN LA FE BÍBLICA

2. LOS INICIOS DEL CONOCIMIENTO DE DIOS EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN:

- EL DIOS DE ABRAHAM
- “YO SOY EL QUE SOY”
- CONCLUSIONES

1. INTRODUCCIÓN:

CERTEZA COMÚN DE LA HUMANIDAD Y EXPERIENCIA PARTICULAR EN LA FE BÍBLICA

La llamada de Dios en las cosas creadas y en el propio ser es una experiencia común al hombre. Y, al fin, es común también la certeza de que existe un ser superior, Dios, en el que todo tiene su origen, un Dios creador. Lo vimos en el capítulo II.

Sin embargo la experiencia de que Dios salva en la historia, que es una experiencia particular tanto de la Antigua como de la Nueva Alianza, hará crecer la comprensión cristiana sobre el Dios creador, dándole un carácter original y propio. Lo común puede ser el origen de todas las cosas en un Dios absoluto, pero “Qué” o “Quién” es ese Dios, el valor de las cosas creadas por él, el valor del hombre y la relación que tiene o puede establecer el hombre con Dios, eso ya es algo completamente distinto.

La fe cristiana en Dios-Creador muestra toda una serie de contenidos originales que vienen de la experiencia histórica de Dios, que derivan del diálogo salvífico que a lo largo de los siglos se ha desarrollado entre Dios y su Pueblo, desde la llamada de Abraham hasta el envío del Hijo. Es la experiencia de Dios en la historia, que culmina con el acontecimiento de Cristo, lo que da forma a la fe cristiana en Dios creador.

Por tanto, confesar a Dios creador, tal como lo encontramos en los símbolos, no se reduce a la certeza, común con gran parte de los hombres, de que todo tiene su origen en un ser superior que llamamos Dios. Presupone el conocimiento personal y vivo de Dios, que él ha ofrecido de sí a lo largo de la historia de la salvación y presupone la experiencia de la salvación cristiana.

Por eso, para que un hombre pueda hacer suya la profesión de Dios creador ha de haber sido introducido en esta historia de la salvación y haber ocupado su sitio en ella, teniendo parte en el Pueblo de Dios. La fe en Dios creador no es una especie de lugar común “en el que todos los hombres podemos coincidir antes de penetrar en los misterios propiamente cristianos”¹. Es verdad que este aspecto de la fe cristiana ofrece múltiples puntos de contacto o de diálogo con las ciencias, con la filosofía y con otras religiones, pero el contenido de la fe cristiana en Dios creador es del todo original.

En el orden de la transmisión de la fe, esto significa que sólo quien conoce al Dios que se nos ha revelado en Cristo puede realmente entender el contenido de la fe cristiana en Dios creador y profesarla él mismo. El contenido propiamente cristiano que el símbolo quiere expresar al decir “Creo en Dios... Creador del cielo y de la tierra”, no se puede entender sin antes haber

¹ BERNARD SESBOÛÉ, Dir., *Historia de los Dogmas II* (Salamanca 1996), 31

conocido al Dios que se revela en la historia salvando a su pueblo, al Dios que actúa en Cristo.

Ahora nos detenemos en los primeros momentos en los que Israel conoce a Dios.

2. LOS INICIOS DEL CONOCIMIENTO DE DIOS EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

La historia bíblica da testimonio de un hecho verdaderamente sorprendente e inesperado: la irrupción de Dios en la vida de un hombre. Ya dijimos que Dios deja oír su voz de forma natural a través del ser de las cosas y del mismo espíritu humano. Pero aquí estamos hablando de una irrupción personal y libre de Dios, que decide romper los límites entre el Creador y la criatura y abrir un diálogo personal y directo con un hombre, con Abraham. Este hablar de Dios no es ya un hablar mediato a través de las cosas o del propio espíritu humano, a través de la conciencia, sino un hablar directo, el hablar propio de la revelación de Dios que atestigua la Sagrada Escritura. Este es un hecho novedoso y singular en la historia: la irrupción de Dios en la vida de un hombre y el establecimiento con él de un diálogo verdaderamente personal.

Por otro lado hablamos no de “monólogo”, sino de “diálogo”, porque la revelación de Dios en la historia se desarrolla

desde este momento como un verdadero diálogo, en que Dios habla y el hombre escucha y responde. Por tanto la revelación de Dios en la historia tiene estos dos elementos: la palabra y la acción de Dios con la que él toma la iniciativa y la acogida y la respuesta del hombre.

Dios tiene la iniciativa de este diálogo. Es él quien se acerca al hombre y le llama, quien rompe el silencio, quien se descubre. Y sólo él podría hacerlo. De otro modo, el hombre podía tener noticia de su existencia, de su omnipotencia, de su bondad o de su belleza, pero no podía aspirar a entrar en diálogo con él.

En la historia de las religiones, la imposibilidad del hombre para entrar en relación con el Dios que está en el origen de todo se traduce en el hecho de que las religiones son, por lo general, “politeístas”, es decir, rinden culto y suplican a varios seres divinos, no porque desconozcan la existencia de un ser superior, al que sólo le corresponde en realidad el nombre de Dios, sino porque de forma implícita se han dicho: “no nos es posible alcanzar al que es principio de todo. Él es demasiado alto, demasiado santo, demasiado hermoso, demasiado lejano”. La historia de las religiones es el testimonio de la necesidad que el hombre tiene de dirigirse hacia Dios; pero también el testimonio de su incapacidad de alcanzar al Dios verdadero, de su claudicación ante el verdadero reto de su inteligencia y de su

voluntad. El politeísmo es la resignación más dramática del hombre, que renuncia a su verdadero deseo, que está más allá de lo que él puede alcanzar, y decide conformarse con lo que tiene a mano y llamarlo e invocarlo con el nombre sublime de “Dios”.

Pocos hombres, en realidad, son capaces de mantener viva la expectativa del alma de conocer al Dios verdadero. Abraham tuvo que ser uno de ellos, si hacemos caso a las palabras de san Ireneo citadas más arriba. Pero, aún así, sólo la revelación de Dios, que él tome la iniciativa, desvele su ser y llame al hombre al diálogo con él, puede explicar una religión que no sólo afirme la existencia de un Único Dios verdadero, sino que tenga la audacia, que se atreva al “trato” con él. Y esto es lo que ocurre en la historia bíblica que comienza con Abraham.

El hecho de que la revelación de Dios en la historia se desarrolle no como un monólogo de Dios, sino como un verdadero diálogo con el hombre, significa que, desde el principio hasta el fin, la respuesta del hombre que nosotros conocemos como “fe”, entra a formar parte de la revelación de Dios. La fe de Abraham es parte de la revelación de Dios. Es curioso que tanto el comienzo de la historia de la primera alianza, como de la nueva alianza, comiencen con una revelación de Dios, con una llamada y con una respuesta de fe. Así Abraham y así María (Cf. Gn 12,1ss;

Lc 1,26ss). “El Antiguo Testamento y, más tarde, el Nuevo Testamento, empiezan con un acto de fe”².

No hay progreso en la revelación de Dios sin fe. Y en la catequesis de iniciación cristiana, tampoco hay progreso si no hay fe. Desde su comienzo hasta su fin, es decir, hasta la celebración de los Sacramentos de la Iniciación, la catequesis requiere una respuesta progresiva de fe por parte de los catecúmenos o catequizandos. No es catequesis *de iniciación* aquella que no implica y requiere esta respuesta. No basta informar sobre Dios, es necesario insertar a los niños, a los jóvenes o a los adultos en el diálogo que Dios ha establecido con su Pueblo, un diálogo que exige respuesta de fe por parte del hombre.

- EL DIOS DE ABRAHAM

Antes de obedecer al Dios que se le revelaba y de ponerse en camino, el gran mérito de la fe de Abraham fue distinguir al Dios verdadero de los ídolos. No hubiese podido distinguirlo si no hubiese estado acostumbrado a escuchar a este mismo Dios verdadero en su conciencia y en el mundo. Pero tampoco hubiese podido reconocerlo sin una gracia sobrenatural. Abraham reconoció la Palabra de Dios porque la amaba antes de conocerla y

² PAUL DE SURGY, *Las grandes etapas del misterio de la salvación*, (Barcelona 1967) 42.

porque el Espíritu Santo le guió. Así Abraham reconoció al verdadero Dios y le obedeció. Ésta es la gracia y el mérito de la fe. A partir de aquí se inició el verdadero conocimiento de Dios.

Pero, en la relación que se establece desde el instante en que Abraham da fe a Dios y que se prolonga hasta su muerte ¿qué conoció Abraham de Dios? Lo primero que aprendió es que Dios es un ser personal. Eso le permite a Dios establecer relaciones, comunicarse por la Palabra, llamar a Abraham. De la firmeza de sus promesas, aprendió la fidelidad de Dios. De la forma en que formalizó el pacto (Cf. Gn 15), aprendió la trascendencia y la santidad de Dios. En su intercesión por los de Sodoma (Cf. Gn 18,20ss.) aprendió que Dios es Justo y que le disgusta el pecado. Del nacimiento de Isaac (Cf. Gn 21,1-7) aprendió que Dios es veraz y también que es enteramente libre: no está condicionado por la edad, la debilidad, la esterilidad, ni por nuestros cálculos y programas (Gn 16,1-4; 17,18-19.21). Del episodio del sacrificio de Isaac (Cf. Gn 22,1-18) aprendió el “celo” de Dios, o si se quiere, que Dios es el Bien sumo que exige un amor incondicional y absoluto; pero también aprendió que Dios es compasivo. En estas notas y en otras que podríamos entresacar, al hilo de la historia de Abraham, está en germen la imagen que en Israel se fue dibujando del Dios verdadero.

Pero hay dos notas que sobresalen por encima de todas las demás.

La primera nota: Dios es siempre misterio. Es la diferencia que hay entre el Dios personal que le habla y los ídolos, a los que habían servido sus antepasados, la diferencia que reconoce Abraham desde el principio. Dios no es un objeto que puedo manipular, ni una idea producto de mi espíritu. Dios es Aquel de quien yo no dispongo, ni por mi pensamiento, ni por mi acción, sino al que tengo acceso sólo por el testimonio que él da de sí mismo con su Palabra. Podemos leer unas palabras de san Agustín que al final hacen referencia a la búsqueda de Dios protagonizada por san Pablo: *No provoques contiendas y litigios exigiendo que te diga cómo es el Dios que adoro. Pues no es un ídolo, que me permita apuntarlo con el dedo y decir: "He ahí el Dios que adoro"; ni es tampoco un astro o una estrella, o el sol o la luna, que permiten apuntar con el dedo y decir: "He ahí lo que adoro". No es nada a lo que pueda extenderse el dedo, pero sí la mente. Considera a aquel que no lo ha alcanzado [Cf. Flp 3,23] y que, sin embargo, lo busca, lo persigue, lo anhela, suspira por ello y lo desea; pon los ojos en él y mira lo que alarga hasta su Dios, si el dedo o el alma³.*

³ SAN AGUSTÍN, *Sermones*, Vol. 4; 261,3; (BAC, Madrid 1983) 645-646

Aún cuando se da a conocer, Dios es misterio. Por lo mismo no es manipulable, ni es medio para conseguir otras cosas. Por eso, aunque la vida de obediencia de Abraham, desde su vocación hasta su muerte, no se entiende sino como un camino en pos de dos promesas divinas, la descendencia y la tierra, en realidad Dios mismo es el horizonte último de su peregrinar. Como veremos a continuación, Abraham aprendió que sólo Dios constituiría su heredad, tal como dice el salmo: *Tú eres el lote de mi heredad y mi copa* (Sal 16,5). Pero, aunque es su heredad, no puede disponer de él. La carta a los hebreos ensalza la fe de Abraham con estas palabras: *Por la fe, Abraham, al ser llamado por Dios, obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba* (Hb 11,8). Ciertamente estas palabras hay que referirlas en primer término a la promesa de la tierra, pero también hay que referirlas a Dios mismo. Dios se convertiría en la única herencia de Abraham. Pero Dios es siempre el ser por conocer y por amar. San Agustín, comentando las palabras del salmo (104,3), lo manifestará de forma magistral: *“Esto es, sin duda, el «buscad siempre su rostro»: que el encontrar no depare un fin a ese preguntar que caracteriza el amor, sino que con el amor crezca también el preguntar dentro del amado”*⁴.

⁴ SAN AGUSTÍN, *Ennarraciones a los salmos*. Sal 104,3 (BAC, Madrid 1966), 820

La segunda nota: su capacidad de relación. Si Dios se convierte en la verdadera herencia de Abraham es porque, en su grandeza y en su misterio, es capaz de relación. Tanto es así que Abraham es caracterizado por su relación con Dios, que se explicita al decir que Abraham es “el padre de la fe”, pero también, con la sorprendente afirmación bíblica de que Abraham es “el amigo de Dios”. La fe es un término que expresa la relación con Dios vista desde el hombre que recibe la revelación. Pero también “la amistad” expresa un tipo de relación.

En la teofanía de Mambré (Gn 18), tres personajes misteriosos entran en la tienda de Abraham y comen con él. Uno de ellos es el Señor. Tras la comida, los tres personajes salen acompañados de Abraham. Entonces el Señor se pregunta: “¿Acaso podré ocultarle a Abraham lo que hago, siendo así que Abraham ha de ser un pueblo grande y poderoso, y se bendecirán por él los pueblos todos de la tierra?” (Gn 18,17-18). Y entonces, el Señor cuenta a Abraham los planes de castigo que tiene sobre Sodoma. Es como si la amistad le “obligase” a Dios con Abraham⁵. En todo caso, la intimidad que se muestra entre Dios y Abraham

⁵ PAUL DE SURGY, *Las grandes etapas del misterio de la salvación*, (Barcelona 1967) 45.

será recogida en el título de “amigo de Dios”⁶: 2Cro 20,7; Is 41,8; Dn 3,35; Sant 2,23.

Antes he dicho que Dios se constituirá en la única y última heredad de Abraham. Lo que tendrá al final de sus días, su verdadera riqueza y la verdadera herencia que deje a su posteridad es la amistad con Dios. Intentaré justificar en pocas palabras esta afirmación.

La irrupción de Dios en la vida de Abraham se abre con la promesa de una tierra y de una descendencia. La espera de su cumplimiento mueve todos los pasos de Abraham y se convierte en el tema fundamental del diálogo que mantiene con Dios. Los textos del Génesis muestran, primero, una larga espera y la justificada impaciencia de Abraham. Junto a ello, Dios confirma sus promesas a través de un pacto, una alianza, que se expresa en dos relatos distintos: Gn 15 y Gn 17. Después viene el cumplimiento de las promesas: de la descendencia, con el nacimiento milagroso de Isaac (Gn 18,1-15; Gn 21,1-7); y de la tierra, con la compra de la finca y la cueva de la Makpelá, donde Abraham enterrará a Sara, y donde luego también él será enterrado (Gn 23; 25,7-10).

⁶ Cf. PAUL DE SURGY, *Las grandes etapas del misterio de la salvación*, (Barcelona ⁷1967) 46: “Aún en nuestros días, los árabes llaman la colina donde plantó Abraham sus tiendas, a pocos kilómetros de Hebrón, en Mambré, “Ramet El-Kalil”, es decir, “la Altura del Amigo”.

Pero entre el nacimiento de Isaac y la compra del terreno donde está la cueva de la Makpelá, encontramos un episodio que relativiza el valor del hijo querido. Se trata del pasaje del sacrificio de Isaac que Dios le exige a Abraham (Gn 22). Lo ocurrido en el monte Moria señalará para Abraham la relativización de todos los bienes. Desde entonces todo lo bueno, también su amado hijo, no será sino el signo de una realidad más grande y más valiosa, la persona de Dios y la amistad con él, que arraiga en el corazón de Abraham como el bien supremo.

Pero no sólo está el acontecimiento del Tabor, comparemos también las solemnes promesas de Dios en su Alianza con Abraham y su aparente cumplimiento. *Y sacándole afuera, le dijo: «Mira al cielo, y cuenta las estrellas, si puedes contarlas.» Y le dijo: «Así será tu descendencia.» ... Aquel día firmó Yahveh una alianza con Abram, diciendo: «A tu descendencia he dado esta tierra, desde el río de Egipto hasta el Río Grande, el río Eufrates: los quenitas, quenizitas, cadmonitas, hititas, perizitas, refaítas, amorreos, cananeos, guirgasitas y jebuseos.»* (Gen 15, 5. 18-21. Cf. Gn 17,6ss.)

Vemos que hay una gran distancia entre la prole numerosa como las estrellas del cielo y la arena de las playas marinas y el único Hijo nacido de Sara: Isaac. En el momento de su muerte, hay una gran diferencia entre el territorio prometido y la cueva

donde es enterrado. La descendencia se reduce a un hijo y la tierra se reduce a la cueva donde es enterrado junto a Sara. El camino de Abraham, en la búsqueda de la tierra y de la descendencia, concluirá al fin con la sola ganancia de la amistad de Dios.

Alguno podría deducir que Abraham es el símbolo de una utopía, de la búsqueda del hombre que no encuentra su término satisfactorio, pero que toma sentido de la dirección que imprime su búsqueda. No es así; sino que al final, después del diálogo prolongado durante años con Dios, no había nada más real para Abraham que aquella realidad personal que le concernía, y que llegó a ser su verdadero Dios, sobre todo después de la subida al Moria. Nada más real que aquella Palabra que abrió su alma y que hizo surgir en ella la fe, una tendencia del espíritu que formó un pueblo; una fuerza que agrandó su espíritu y el espíritu de su pueblo, hasta poder albergar, en el pequeño seno de María al Hijo de Dios hecho hijo del hombre.

Y justamente es la encarnación del Hijo, la comunión del hombre con Dios realizada en Cristo, lo que permite entender definitivamente que la promesa tenía como verdadero contenido la amistad, la comunión del hombre con Dios. Las enigmáticas palabras de Jesús en el evangelio de san Juan interpretan que esta comunión y amistad del hombre con Dios, conseguida en su persona, era el verdadero contenido de las promesas y de la

espera de Abraham: *“Vuestro padre Abraham se regocijó pensando en ver mi Día; lo vio y se alegró”* (Jn 8,56).». Por tanto la amistad con Dios es la verdadera riqueza y herencia de Abraham. Por eso la Biblia le caracteriza como el “amigo de Dios”.

Como contrapartida, si Abraham es el amigo de Dios, Dios es el “Dios de Abraham”.

El Dios que se diferencia de los ídolos, que es siempre un ser por conocer, un horizonte infinito para el amor, un ser que no podemos aprehender ni manipular, del que sólo podemos recibir su propio testimonio, permite ser identificado como el Dios de Abraham, uniendo para siempre su persona a la de aquel hombre y a su descendencia espiritual. El Dios verdadero es capaz de relación. En Dios hay Palabra, puede comunicarse con el hombre y entrar en relación con él. Más aún, esta relación que Dios establece con Abraham llega al extremo de hacer que Dios se vincule definitivamente con Abraham. A partir de este momento de la historia y hasta hoy, Abraham es el amigo de Dios y el Dios verdadero es “el Dios de Abraham”. Y no sólo el Dios de Abraham, sino que por fidelidad a su amigo, también lo será de su posteridad. También será el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.

Así entenderemos mejor unos hechos acaecidos siglos después, cruciales en la imagen que Dios reveló de sí mismo y cruciales más adelante para la fe en Dios creador. Se trata de la

teofanía de la zarza ardiente, prólogo del Éxodo y de la Alianza del Sinaí.

- “YO SOY EL QUE SOY”

A partir de Abraham, la experiencia que Israel tiene de Dios, queda recogida en la Biblia con dos nombres: “Elohim” y “Yahveh”⁷.

La cuestión del nombre de Dios tiene su importancia, entre otras cosas, porque muestra que Dios no se entiende como un ente abstracto, una idea; un ser del todo separado del mundo, demasiado lejano para escuchar, ver o compadecerse del hombre; o un ser impersonal que se confunde con el mundo, con la naturaleza, con la materia o con su constante transformación y devenir en un tiempo eterno. El nombre indica que Dios es alguien a quien se puede invocar, aunque, como veremos, el nombre de “Yahveh” corrige también una comprensión desviada de la cercanía de Dios.

ELOHIM. “Elohim” es en realidad el plural de “El”, y son las formas más antiguas con que los patriarcas invocaban a Dios. Éste era el nombre de Dios para Abraham, Isaac y Jacob. Se caracteriza por su vinculación personal con Abraham y sus

⁷ Seguiremos aquí uno de los textos más célebres del papa Benedicto XVI: JOSEPH RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, (Salamanca, ¹⁴1967) 99-115.

descendientes. Los patriarcas tomaron de las religiones de su ambiente el nombre de “El” para designar al Dios de Abraham. Podían haber elegido otros nombres para invocar a su Dios, pero eligieron éste y no sin motivo. Los ídolos solían tener un carácter local. Eran comprendidos como los dioses de un lugar. Pero el Dios de Abraham no está limitado por la geografía. El nombre de “El” designaba, por el contrario, una divinidad de carácter personal y social. Por eso tomaron este nombre para designar no al ídolo de un lugar, sino al Dios de Abraham, al Dios de Israel. Un Dios que no está limitado a los lugares, sino que se vincula voluntariamente a las personas, con lo que muestra su carácter espiritual. La comprensión espiritual de Dios y su vinculación a las personas es un elemento decisivo en la comprensión que la Biblia ofrece de Dios. Si no está limitado a los lugares, podrá ejercer su poder más allá de límites geográficos, eso es lo que permitirá entender a Dios como “Soberano de Todo”, como “Altísimo”, como “Omnipotente”⁸.

Pero tampoco se contentaron con llamarle “El”, sino que lo cambiaron por su plural: “Elohim”. Con ello no se alude a una pluralidad de divinidades, sino a un Dios que es en sí “todo lo divino”. Si él es “todo lo divino”, se podrá entender después: “Yo

⁸ Ya aquí se deja ver una de las características del contenido de la fe cristiana en Dios creador. Dios no es sólo el principio lejano de todo lo que existe, sino su verdadero Señor, su verdadero soberano: no sólo puso en marcha el universo, sino que lo sostiene, lo conserva, lo conduce...

soy el primero y el último y no hay otro Dios fuera de mí” (Is 44,6. Cf. Dt 4,35.39; 1Re 1,60; 1Cro; Is 45,5.14.22; Dn 14, 41; Joel 2,27). Dios es único y supremo⁹.

Pero los patriarcas no sólo tomaron el nombre de “El” y luego lo transformaron en “Elohim”, al tiempo desecharon otros nombres de su ambiente, entre ellos, los más frecuentes: “Baal” y “Moloc”. El primero significa “señor”, el segundo “rey”. Al desechar estos nombres se desechó también la idea de la divinidad que se expresaba en ellos: “El Dios de Israel no se esconde tras la lejanía aristocrática de un rey, no conoce el despotismo cruel que entonces encarnaba la figura del rey; es el Dios cercano, que puede ser fundamentalmente el Dios de cada hombre”¹⁰.

YAHVEH. Pero donde se pone la base de la idea de Dios que permanecerá ya siempre, será en el pasaje de la zarza ardiente y la revelación del nombre de Yahveh (Ex 3,14). Reproduzcamos aquí el texto:

(1) Moisés era pastor del rebaño de Jetró su suegro, sacerdote de Madián. Una vez llevó las ovejas más allá del desierto; y llegó hasta Horeb, la montaña de Dios. (2) El ángel de Yahveh se le apareció en forma de llama de fuego, en medio de una zarza. Vio que la zarza estaba ardiendo, pero que la zarza no se consumía.

⁹ Si Dios es único y supremo, su acto creador es un acto universal. Nada de lo que existe queda fuera de su acto creador. Hay un único origen de todo el universo material y espiritual.

¹⁰ JOSEPH RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, (Salamanca, ¹⁴1967), 107

(3) *Dijo, pues, Moisés: «Voy a acercarme para ver este extraño caso: por qué no se consume la zarza.»*

(4) *Cuando vio Yahveh que Moisés se acercaba para mirar, le llamó de en medio de la zarza, diciendo: «¡Moisés, Moisés!»*

El respondió: «Heme aquí.»

(5) *Le dijo: «No te acerques aquí; quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada.»* (6) *Y añadió: «Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.»*

Moisés se cubrió el rostro, porque temía ver a Dios.

(7) *Dijo Yahveh: «Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos. (8) He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel, al país de los cananeos, de los hititas, de los amorreos, de los perizitas, de los jivitas y de los jebuseos. (9) Así pues, el clamor de los israelitas ha llegado hasta mí y he visto además la opresión con que los egipcios los oprimen. (10) Ahora, pues, ve; yo te envío a Faraón, para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto.»*

(11) *Dijo Moisés a Dios: ¿Quién soy yo para ir a Faraón y sacar de Egipto a los israelitas?»*

(12) *Respondió: «Yo estaré contigo y esta será para ti la señal de que yo te envío: Cuando hayas sacado al pueblo de Egipto daréis culto a Dios en este monte.»*

(13) *Contestó Moisés a Dios: «Si voy a los israelitas y les digo: "El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros"; cuando me pregunten: "¿Cuál es su nombre?", ¿qué les responderé?»*

(14) *Dijo Dios a Moisés: «Yo soy el que soy.» Y añadió: «Así dirás a los israelitas: "Yo soy" me ha enviado a vosotros.»*

(15) *Siguió Dios diciendo a Moisés: «Así dirás a los israelitas: Yahveh, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha*

***enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre, por él
seré invocado de generación en generación.»***

(Ex 3,1-15)

Aquí aparece el nuevo nombre de Dios: Yahveh. Vayamos a lo que el mismo texto que hemos leído entiende de él. El texto pone el nombre de Yahveh en relación con dos ideas: con la idea ya adquirida de que Dios es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; y con la idea de “ser”. A) Es decir, lo que Dios revela de sí está en continuidad con lo que los padres conocieron de Dios y expresaron con “Elohim”. Llegar al origen etimológico del nombre de “Yahveh” es una tarea casi imposible. Pero parece que tiene conexión con la raíz de un término babilónico que vendría a significar algo así como “mi Dios”. Pero lo importante es que esta conexión entre el nuevo nombre y la idea de su vinculación personal existe en el mismo texto, donde se repiten expresiones como “el Dios de vuestros padres” o “el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”. Por tanto, la novedad que quiere expresar el nuevo nombre no implica una ruptura con la comprensión de Dios heredada de Abraham, sino un desarrollo.

B) Este desarrollo viene por la conexión de la idea de Dios con la idea de “ser”: *Dijo Dios a Moisés: «Yo soy el que soy.» Y añadió: «Así dirás a los israelitas: “Yo soy” me ha enviado a vosotros.» Siguió Dios diciendo a Moisés: «Así dirás a los israelitas: Yahveh, el Dios de vuestros padres, el Dios de*

Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre.

Antes indicábamos que el nombre indica la comprensión de un Dios que es un ser personal y puede ser invocado, se puede entrar en relación con él. Sin embargo, también los ídolos tenían nombre. ¿Será pues nuestro Dios un Dios entre otros? ¿Invocamos nosotros a Dios de igual forma que otros invocan a sus ídolos? – No. Más bien, el Dios verdadero es el Dios que está más allá de todas las cosas y que si es cercano es por propia voluntad, porque él se ha acercado a nosotros. Nuestro Dios no es un elemento más del mundo, una cosa más que podemos descubrir, señalar y nombrar. Así que cuando Dios responde a Moisés, que vive en un mundo lleno de dioses, le da un nombre que lo aleja del conjunto, de la lista, de los otros dioses. Hay que reconocer que “Yo soy” no es una forma usual de nombre propio. Es un nombre que no parece tal. Dios se da un nombre que no es un nombre, para mostrar que él no está bajo el poder del hombre, de sus investigaciones, de sus ritos, de sus manipulaciones. Dios es trascendente. No se confunde con nada de este mundo, ni con el mundo mismo. No está en el orden de las cosas y de las personas a las que el hombre puede someter a su investigación o a su experimentación.

Pero para entender lo que queremos decir debemos recurrir a otros dos textos bíblicos donde también se le pide a Dios su nombre: Génesis 32,30 y Jueces 13,18. En el primer caso, Dios responde a Jacob: «*¿Para qué preguntas por mi nombre?*». Y no le da nombre alguno. En el segundo caso la respuesta es para Manoj: «*¿Por qué me preguntas el nombre, si es un misterio?*»

Por tanto: “La explicación del nombre Yahveh mediante la palabra ser... suprime el nombre en cuanto nombre, traslada lo completamente conocido, que parece ser el nombre, a lo desconocido, a lo escondido. Diluye el nombre en el misterio, de forma que el ser conocido y el no ser conocido de Dios, su manifestación y su ocultamiento, se producen a la vez... Se afirma aquí claramente la infinita distancia que lo separa de los hombres”¹¹.

Esta es la primera idea que remarca el texto, al poner a Dios en conexión con la idea de “ser”: Yo soy el que soy, indica al Dios que es misterio, que no podemos someter, sino al que nos hemos de someter.

Sin embargo, ¿significa que el misterio que envuelve a Dios lo alejará de su pueblo? ¿Se desentenderá Dios del hombre? –No. Lo que dice Dios es justamente lo contrario: “He visto la aflicción de mi pueblo... Así dirás a los israelitas: Yahveh, el Dios de

¹¹ JOSEPH RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, (Salamanca, ¹⁴1967), 108

vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros”.

Pero sólo el Dios “que se identifica con el ser”, que no está afectado por el cambio, por la caducidad, por la muerte, sino que es el ser, puede mostrarse garante *siempre*, en cualquier circunstancia de su pueblo. Sólo el Dios que tiene en su mano el ser puede sostener a su pueblo realmente.

- CONCLUSIONES

Nosotros no creemos simplemente en nuestro Dios, como otros creen en otros dioses. Nosotros identificamos a *nuestro* Dios con el que está por encima de todas las cosas y de las personas. Todo pasa, nuestro Dios permanece. Nosotros identificamos a nuestro Dios con el Dios que está en el origen del ser de todo, y que tiene en su mano el ser y la existencia de todas las cosas. Identificamos a nuestro Dios no como uno entre otros, sino como la verdad. En la actualidad, el poder humano pide a los cristianos que consideren a su Dios como uno entre otros, que “demostramos culto a nuestro Dios” como hacían los paganos con sus dioses, sin que ello tuviese ninguna influencia en la vida moral, en las leyes y en las formas de vida de sus pueblos. No se nos pide que respetemos las creencias de los otros, sino que nos olvidemos de esta

afirmación de Dios: “yo soy el que soy”. Es decir: “Yo soy Dios y no hay otro”.

La antigua Roma toleraba todas las religiones, como “el poder” hoy tolera toda manifestación religiosa con tal que sea sencillamente “cultural”, “ritual”, con tal que no le diga: “Tu poder es limitado. No puedes legislar lo que quieras, dependes de otro que está por encima de todo y de todos”. Todo lo tolera menos una conciencia que afirme que por encima de todo poder humano y todo consenso o ley de los hombres, hay un Dios absoluto que es origen y razón de todo. La afirmación de un Dios que no se confunde con nada ni con nadie de este mundo significa la relativización de todo poder, la advertencia de que por encima hay un poder verdadero y absoluto. La afirmación del Dios absoluto y trascendente significa un límite real en la conciencia para el que ejerce el poder. Y significa el despertar en las conciencias de los demás de un principio de libertad ante los abusos. Por el contrario, cuando los hombres niegan al Dios verdadero, su sitio no queda vacante, lo ocupan los falsos dioses que en su propio nombre dictan leyes justas o injustas, y oprimen a los hombres con toda clase de esclavitudes. Renunciar al Dios absoluto implica aceptar la tiranía de quien consiga el poder.

Así la afirmación de la trascendencia de Dios tiene un carácter práctico evidente: la limitación de todo poder humano.

Pero no sólo del poder de los que gobiernan, también de la exaltación del hombre como individuo, es decir del hombre como ser aislado que decide por sí. El hombre no es un individuo aislado. Ante él y cerca de él se revela y se muestra el que está por encima de todo y es origen y fin de todo. Caracterizar a Dios con el ser, y afirmar su ser absoluto, misterioso y trascendente significa sacar al hombre de la soledad que le hace depender sólo de “lo que yo creo”, de “lo que yo siento”, de “lo que a mí me parece”, para llevarlo al ámbito de la realidad, de la verdad. Significa que el hombre no está sólo con su pensamiento, sus sentimientos y sus emociones, sino que está ante una verdad que no depende de él, está ante Dios y ante su obra.

“El que es” es fundamento de la realidad, es la verdad suprema que está en el origen de todo lo que existe y de su naturaleza. El enigmático “yo soy” designa al que está por encima del espacio y del tiempo, no atado a nada y sostenedor de todo.

Los acontecimientos de la liberación de Israel y de la Alianza del Sinaí subrayarán y afianzarán las dos ideas: Yahveh no es un Dios como los demás dioses. Ningún poder humano puede resistirle (Faraón, el poder humano, no es Dios). Más aún, tiene en su mano las fuerzas de la naturaleza (Tampoco los elementos del universo, el sol o el mar tienen el poder divino). Pero es el Dios de su Pueblo, quien se compadece, quien libera, quien perdona,

quien hace alianza perpetua. Saca al hombre de su esclavitud, pero también lo saca de su ignorancia y lo lleva a la afirmación del valor absoluto de Dios, a la adoración de Dios: “en este monte me adoraréis”.

Sólo con el paso del tiempo se entenderá todo el alcance de esta identificación entre Dios y el ser. Quien se identifica con el ser es el creador de lo que existe. No es de extrañar que Israel llegase así a afirmar que Dios creó al hombre. Dios está en el origen del ser del hombre y en el origen del universo. Y es la clave para comprender su verdadero significado, su verdad y su sentido. Lo veremos en el capítulo siguiente.

Enrique Santayana C.O.
Director del Secretariado de Catequesis
de la Diócesis de Getafe